

FERROL

Y SU PARADOR

El hombre primitivo viene caminando desde las tierras bajas, desequipado, vestido únicamente de muchos soles al raso. Siguiendo el litoral portugués viene erguido y sin misterio. Camino de la niebla se detiene, donde el aire da la vuelta, el hombre primitivo de las tierras bajas. Jamás, en ese lugar la luz del día llega sino a través de las umbras de las ramas de un mirto. Corzos, ciervos, mamuts son los dueños de las praderas. Las mujeres y los hombres llegados se abrigan con piedra. De aquel fuego, germen de Galicia, son los restos de Budiño (Pontevedra). Los huesos de todo el paleolítico restante se los comió la hierba. Dan fe de entonces labranzas toscas de cantos rodados.

Los glaciares se retiran. La población aumenta. Unos cuantos de aquellos primeros pobladores se quedan en la costa; aprenden a ordeñar las olas. Otros intiman con la tierra, cultivan y pastorean. Para guardar el grano fabrican cestos y recipientes cerámicos que decoran con muescas de conxa. Aquel pasado recompuesto en pedazos, el visitante del Museo de Prehistoria e Arqueología de Villalba (Lugo) contempla; palidece ante el dorsal del petroglifo, espiral y enigmático: la manifestación más genuina del arte prehistórico. El viajero calla como sustraído por un meteoro, como llamado por su primer apellido. ¡Que soberana criatura! Hay estupendas muestras por toda Galicia pero si hubiera de mencionarse una ésta sería Santa Tecla. Su datación es un laberinto tan intrincado como su significado. Serpientes, rostros, flechas, soles y otros seres componen el bestiario de estas piedras venidas de otros mundos.

A finales del cuarto milenio antes de Cristo, las cosechas de trigo y cebada mejoran. La sociedad prospera. Hombres y mujeres principales se adornan con alhajas que se llevan a la tumba. Su muerte está señalada en el paisaje con piedras cobertoras, dólmenes que en tierra gallega se conocen como “mamoas” y que es común considerar primitivas pirámides: mausoleo. De los tres millares que hay esparcidos por la región, el mayor dolmen es el de La Coruña. Dice ser el Partenón prehistórico.

Es hora de comer. En sus recintos fortificados la población que se halla próxima a la costa tomará marisco con pan de bellota y, si es tiempo, guisantes y habas. Las clanes agrupados en centurias forman un Populo beligerante que cuida lo suyo cavando fosos y arrojando lanzas. A la aristocracia militar celta, venida de centro Europa, en la cúspide social; siguen en jerarquía, los druidas, las mujeres propietarias de tierra y los agricultores que trabajan para la aristocracia y que son oriundos de la tierra, sometidos por el invasor celta. La nueva civilización inaugura la edad de bronce.



CASTROS CELTAS POR VIRIATOS ÍNDOMABLES

En Baroña, puestos sus pies en los hombros del acantilado, hay un castro muy completo. Este y otros muchos resistieron las ansias de conquistas romanas hasta que murió Viriato. Los hombres se fortifican concéntricamente, rodean con murallas de piedras clavadas el núcleo familiar, la despensa, el ganado, el pueblo. Y desde esa sociedad anidada que es el castro, pasan las fuerzas naturales y sus elementos a ser dominados. Sesenta años antes de Cristo, Cesar vuelve a pelear con los Lusitanos que se refugian en Galicia, lo que obliga a sus tropas romanas a emprender una expedición marítima que desembarca en La Coruña. Pese a ello, gallegos y astures, aliados, se mantienen fuera de la norma romana. Resisten. La autodeterminación de los pueblos del norte frente al imperio tiene su épico baño de sangre en el monte Medulio, donde al verse sin salida se dan muerte para no entregarse.

El yugo de Roma no modifica la vida en los castros. La mujer acarrea agua; el hombre descuartiza un jabato. La manzana es picoteada por el alavanco o la garzota. Los mismos gestos y actitudes nutren una sociedad organizada administrativamente; eso sí, conforme a los esquemas romanos. El campo suena lo mismo, trina a occidente, a oriente muge. El son más nuevo es la palabra latina. Es latín del pueblo. La azada es reemplazada por el arado; la bellota por el trigo; el molino naviforme por el circular.

Huellas de la romana Gallaecia, con sus conventos jurídicos Lucense, Bracarense y Asturicense. Hay altas y esbeltas murallas, puentes, castros y faros. El faro de La Coruña es el más antiguo del mundo. Su cimiento, discutido, se disputan el rey celta Breogán, abuelo del conquistador de una de las siete hermanas celtas (Irlanda) con el mismo Hércules, que, al decir de sus apogetas, derrotó a Gerión y alzó sobre los huesos de su enemigo el edificio prismático con base cuadrada y ventanas asimétricas que puede verse en viejos dibujos. A finales del siglo XVII, vuelve el cíclope a rayar el oleaje con su pupila larga, atenta, rehecho y atravesado de arriba abajo por una escalera tan recia que por ella podían subir un carro de bueyes cargado.

Nubes de flechas y alaridos diluvian sobre territorio romanizado. Desde hacía dos o tres siglos suevos, alanos germánicos habían ido dejando los territorios que el hielo y el agua habían anegado en busca de climas favorables. Son guerreros fieros que embisten a su enemigo envueltos en capas abrochadas con hebillas forjadas con el mismo hierro decapitador de sus espadas. Los suevos dominan Galicia desde comienzos del siglo V. hasta finales del VI. La lucha entre suevos y godos y la ya muy fuerte

presencia social de la iglesia, alimentan el sueño del reino gallego independiente. Juntos, los señores de los nuevos latifundios galaicos y suevos forman la clase social de la nobleza terrateniente. Las ciudades se hacen burgos. Engorda el poder religioso. Queda, de entonces, el templo de San Pedro de Roca y un arco de herradura en Panxón, como la costilla de una ballena comida por las algas, en la costa de Nigrán.

EL PARADOR: SABIO Y VALEROSO LUCERNARIO

Con lengua e idiosincrasia propia, el gallego, especialmente el terrateniente, acusa la incomodidad de no representar, de ser parte no participante del reino Asturiano, hasta que en 1087, un contubernio conde-arzobispal, consigue el apoyo de Guillermo El Conquistador, Rey de Inglaterra y duque de Normandía, en un intento claro de independencia que se queda sólo en voluntad de reino. Las rebeliones, los alzamientos, las autoproclamas, llegan a convertirse en guerras de secesión sin que Galicia logre sacudirse la carga que la sujeta al carro tirando intereses ajenos. La doma final del estado moderno es impuesta por los Reyes Católicos a través de Fernando de Acuña y García de Chinchilla, respaldados por 300 lanceros. La cabeza del mariscal rueda por la plaza de Mondoñedo. “Credo, credo, credo”, grita la decapitada mientras se desangra. Nadie habla y las voces disonantes de quienes habían ejercido el poder por la fuerza, o aspiraban a ejercerlo, por la fuerza, emudecen.

Es bonita esa plaza de Mondoñedo, plaza de la Fonte Vella que reza así de sí misma en un cartel allí adosado: “...Mondoñedo, cidade onde naceu o Señor Cunqueiro, é rica en pan, en augas, e en latín...”. Escuchemos sus palabras de gastrónomo, quiromante, viajero:

“El bosque está en la ladera de una montaña, y desde donde os sentáis, oyendo la fuente vecina, veis el valle natal, que tiene la medida del ojo humano, y lo cierran hacia la marina unas redondas colinas antiguas, azules ahora al mediodía.”. El convento de Alcántara alberga peregrinos. Allí se acumula el legado del prolífico hijo literario. El viajero es siempre bien recibido...”

“...Una mañana de primavera extremadamente despejada, a unas decenas de millas de allí, terminaba la Edad Media. Corría el año 1493 y La Pinta tomaba puerto en Bayona. España ha descubierto la parte de su imperio que el agua le ocultaba. América que trae riquezas, imperios y al gallego horizontes ultramarinos de los que regresar indios.”



Aquellos primeros conquistadores coruñeses, orensanos, lucenses..., unos quinientos, abrieron la brecha de un éxodo trasatlántico que tuvo su mayor pujanza en la segunda mitad del siglo XIX...”

“...Las tropas napoleónicas se retiran. Ha corrido la sangre. La nación está convulsa, como embravecida por el viento del norte, y aunque las restricciones contra la salida rumbo a América siguen vigentes, los gallegos se embarcan ilegalmente con la añoranza de mejores días desde Vigo, La Coruña o Villagarcía, hacia las excelsitudes luminosas. La hembra jadeante los lleva. Un edén romántico y exótico aguarda: mar del Plata, Uruguay, Argentina. “Se escuchan los millones de palabras- con que arguyen los oleajes al silencio de la orilla”, recita Leopoldo Lugones en “Las montañas de Oro...”

Otros emigrantes, los menos, emprenden odisea hacia Cuba y Puerto Rico, todavía colonias españolas, a bordo de los vapores de la Mala Real Inglesa, o del paquebote de alguna de las compañías francesas y alemanas que se han hecho con el negocio del transporte de emigrantes. Los gallegos, portugueses, y el resto de los embarcados con destino al nuevo mundo, padecen laga travesía de hacinamiento, hambre y enfermedad. Llevan a América la fiebre tifoidea y, acaso, por ello, la fama de seres de costumbres primitivas renuentes a la higiene y la cultura de los nuevos tiempos.

De allá, los que regresan, traen borricos cargados de oro, telas, es posible que una momia y el estilo colonial de sus casas ricas.

Las hebras de sol toleradas por la niebla brillan en la hoja del magnolio. Pálidas hortensias y camelias se aproximan al edificio. Las aguas dialogan. ¿Dónde mueven sus palabras? Posiblemente sea un arroyo o mane de una mina de caudal. Vierte en el lavadero y sigue, dividido, por acequias y fuentes, manteniendo el brío hasta un estanque de tamaño que aprovecha a su salida un molino. Acaso haya otro detrás suyo, un estanque menor, lindado de bojs, rematado por el “vallado” de granito. El viajero repara en que la palmera disfruta la grata compañía de un naranjo. Medita y se pregunta si no compartirán ambas especies procedencia andalusí. Porque este jardín pasiego es en efecto anterior al retorno indiano, no hay mas que ver las almenas del edificio.

“Capilla, palomar y ciprés, pazo es”, recoge el dicho. Los indianos no modificaron con su oro americano ni los palacios ni sus jardines. Las palmeras habían ocupado ya su lugar junto a las casas de bien por influencia portuguesa. El resto de las especias, extrañas al hábitat atlántico; laureles, magnolios, limoneros y camelias, fueron importados desde sus diversas procedencias y celebrados en los umbríos próximos a los palacios, por sus hojas perennes y sus floraciones invernales que mantienen vestido el jardín neblinoso todo el año.

Lo que si trajeron los indianos fue esa plenitud del viajero que a unos empujó a retirarse a sus propiedades y a otros arrojó a la filantropía. El más voluntarioso y original ejemplo es el de los hermanos García Naveira que además de construir lavaderos públicos, refugios para niños deficientes y sanatorios, alzaron los jardines de Betanzos, a un paso de El Ferrol, en la ría vecina: Extrañas catacumbas el visitante sigue, se interna por túneles, subterráneos, estrecheces rocosas y siniestros de los que asoman murciélagos, leones, criaturas antediluvianas. Mohamed Alí tiene su mezquita. Emblemas papales y extraños símbolos masónicos cifran mensajes herméticos. Cruzan por los aires silenciosos átomos que se besan al pasar.

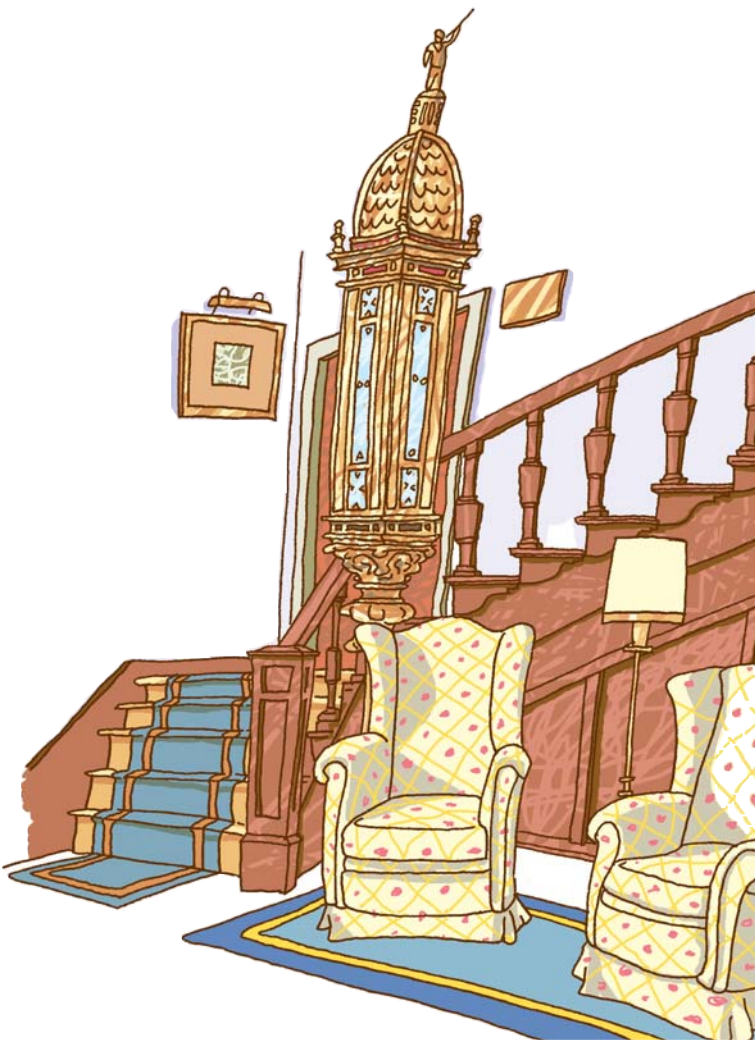
Los gallegos que se quedaron, todos los desventurados que no conocieron América, siguieron con sus oficios; la tierra, la mar, ahora convertida en camino, que siguen alimentando a todo el litoral gallego. Los tiempos de recoger centollos, nécoras, almejas que la resaca olvidaba en la bandeja de las playas estaban lejos. El cuero dejaba de utilizarse y las embarcaciones podían ahora adentrarse en la bravía. El pescador sale al mar en busca de alguna posta y navega en derrota hasta alcanzar el punto donde fondear; muchas brazas, el pescador conoce bien el fondo. Adivina bajo el espeso salado las rocas de agujas, los montículos, los canales de arena y los otros escondrijos del pescado. Regresa a puerto. Toma un caldo. Se sienta al borde del malecón. Repara el aparejo. Temprano mañana será otro día de buena pesca.

Monasterios, villas y señoríos son amos también del pescado a lo largo de todo el medioevo y los litigios de los pescadores contra la usurpación, constantes. En la segunda mitad del siglo XVI, la producción de sardina y salazón se dispara en Foz, La Coruña, Noya y Pontevedra, exportándose mercancía, también durante el siglo siguiente.

La Coruña es, sin duda, el puerto gallego más importante gracias, en parte, a la concesión del privilegio del tráfico de Indias (por parte de Carlos V). En El Ferrol, silenciosamente, sin el trajín de la mercadería, ha ido germinando una metrópolis nueva, prometedora, racionalista, gracias al buen hacer del Marqués de la Ensenada. En 1726, El Ferrol es la capital del norte, sus astilleros, apenas veinte años después, están botando barcos de guerra. (Nuestras fragatas siguen hoy saliendo de esos astilleros, ahora mejor integrados en el paisaje que en tiempos de máximo desarrollo). Solo desde 1740, en que se creó el arsenal, hasta 1800, salen de El Ferrol ciento cincuenta y cuatro barcos. Viven, esos años, en Esteiro más de quince mil trabajadores. Las viviendas apenas si merecen tal nombre. Cientos de prostitutas rondan por el malecón. En las calles y tascas se multiplican las pendencias. Una desagradable y poco cristiana forma de vida, a juicio del obispado de Mondoñedo, se adueña del enclave.

El mar no se acuesta, la lámpara nocturna de la luna. Se acercan las arenas a beber del borde todo lo profundo. Calma. Entonces, diez mil infantes británicos, a las órdenes de William Pitt, desembarcan. Quieren hacer saltar el polvorín pero, heroica, la población, pese a ser tres veces menor en número, rechaza el ataque. La revolución industrial reavivó algo la economía portuaria que la crisis general del sector y la enorme competencia asiática mantienen ahora en un estado de difícil desarrollo. El Ferrol decimonónico, hermozeado por el modernismo y el perfume, la enredadera, aguardan.





Este Parador no es faro; pero, tal vez, si farol; y, desde luego, linterna o lucernario: guía conveniente y necesaria de ésta ría y unas cercanas pero amplias geografías.

Recuerde el viajero que éste Parador no goza de rancios aunque si dignos orígenes. Y conserva pasados de meridianos recuerdos-para bien o para menos bien-de muy numerosas vicisitudes no tan lejanas para la Historia. Este establecimiento, ésta ciudad y la región toda tiene presentes sus intensos pasados: fueron tierras y gentes sumergidas, en tiempos relativamente próximos, a venturas y desventuras variadas y variopintas, avaladas y finamente bordadas por la pluma y la afinada sensibilidad de Alvaro Cunqueiro, peregrino y romero de todos éstos y otros mas dilatados contornos: “Mondoñedo –lo recuerda una placa en la Fonte Vella- “...ciudade onde nacen o Señor Cunqueiro e rica en pan, e aguas, e en latín...”. El bosque está en una ladera de la montaña

Amaneció este primer poblamiento de gentes marineras; pescadores; el rey Alfonso VII condecoró a éstas gentes con el título de Villa. Y la ciudad resistió con soberbia valentía los frecuentes, impertinentes y fracasados intentos de los británicos invasores.

Desde el Parador, cualquiera de sus calles en línea recta conducen al viajero hasta la Plaza de España que es el lugar común desde el que partir en una visita ordenada. Con menos presencia que la estatua del Caudillo interesa, en esta Plaza enorme, la visita del Museo Municipal, dedicado al pintor local Bello Piñeiro que no siempre está abierto. Hasta allí, desde El Parador, se extiende el Barrio de la Magdalena, característico urbanismo de la segunda mitad del siglo XVIII. Eclécticos y modernismos decimonónicos se alternan con ejemplos arquitectónicos de principios del siglo XX. La casa Pereira (Rodolfo Ucha 1915) es tenido como el caso más notable de modernismo

gallego. A su autor se debe también el café Suizo y el Casino Ferrolano, en el que sí puede contemplarse el trabajo del pintor Bello Piñeiro. Hay un buen puñado de cafés en esta zona, la mayoría orientados hacia tiempos de ayer, todos cómodos y agradables que suministran al caminante justo descanso.

En la Plaza de Armas está el palacio municipal (1953). Todo Ferrol, organizado en torno a esta y la plaza de Amboaje, ostenta el esfuerzo por gustar, por ser europeo y por ser gran metrópoli. Las galerías, balconadas, rejas y cristaleras que hoy dotan a la ciudad de un aire señorial, representan un triunfo del humanismo que cien años atrás se esforzó por superar el utilitarismo industrial que durante los siglos anteriores había padecido la ciudad. El paseo marítimo y los arsenales no distan apenas y, si al viajero le place, puede alcanzarlos atrochando hacia el litoral y cruzando la alameda de Suances. Allí tiene la ciudad su teatro principal, la oficina de correos y el gobierno militar. La Puerta del Dique, con torre, de la época de Carlos III, es, sin duda, el acceso más solemne. En el muelle fondean a menudo una buena provisión de nuestra flota de guerra.

Si el tiempo acompaña, junto al Parador, tiene el forastero el parque hermoso de Reina Sofía donde pavos reales bailan con las sombras. El viajero buscador de arte, cerámica, ingeniería o el curioso degustador de museos, historia, salones y galerías tiene aquí variado género donde elegir. El Ateneo, el Casino, el Centro Cultural Carvalho Calero, el Museo de la Sociedad Gallega e Historia Natural, la Galería Sargadelos, el Museo Etnográfico del Colegio Mosteiro de Caaveiro...y otros que por sí, el extraño hallará en su periplo.



GASTRONOMÍA: PARAÍSO DE NOBILÍSIMOS PESCADOS

Si hasta aquí se llegan cada año miles de turistas, no lo explica el sol mohíno ni las aguas frías. Es el marisco el que con mayor facilidad hace devotos hasta ellas. ¿Quién ha oído hablar y no ha catado las otras de Arcade? Y otro tanto cabe afirmarse de las vieiras de Vigo, los mejillones de roca, los percebes, las navajas, las lampreas, las almejas y la langosta o el bogavante, que gustan de guisar vivo y en un hervor de ajo, cebolla y pimienta.

Los pescados, sean sardinas, rodaballos o bacalao fresco, se adaptan muy bien a la ajada, sencilla y popular composición donde el ajo da el sabor al aceite y el pimentón la tintura.

Con Cataluña posiblemente sea Galicia la tierra de más copiosa literatura gastronómica. Cunqueiro, Cela, Torrente, por supuesto Valle y la Pardo Bazán, ocuparon su escritura en mirar en las cocinas. He aquí la forma de preparar la empanada recogida por Doña Emilia: “Se trae masa de la tahona, de pan completo, es decir moreno. Si requiere refinar no hay más que gramarla con lo que se desee: manteca, huevo, caldo y, sobre todo, con aceite impregnado de sabor del guiso”. De ahí al horno.

Lo habrá comprobado el viajero: en cualquiera tasca, en cualquier “lugarción” sirven empanada al gusto del cocinero y la parroquia de compadres. Empanada de chorizo, berberechos o arenques. El ribeiro va bien con todos los platos descritos, platos de mar a los que habría que añadir como mínimo el pulpo. El ribeiro es vino ligero, alegre con su acento frutal la lengua y da al trasluz de su ingesta un dorado vivo a las mañanas plumizas. El tinto, en cambio, es un caldo espeso y antiguo, un caldo que los romanos tomaban de aperitivo con lampreas fritas en su sangre. Muy recomendable es el “armundi”.

Estos paisanos supieron defenderse de su agreste clima con caldos sorprendentemente gratificantes: comprometidos generalmente con productos de la huerta como judías blancas, grelos y cachelos. ...

En los campos y en las siembras corren, vuelan, se ufanan en huir las perdices. Hay recetas que las sirven con sardinas. Oigamos a Cunqueiro hacer de las torcaces su poesía: “La perdiz es una ave solar, que huye del bosque y su melodía. Ama el aire ligero, inteligente, casi intelectual, del otoño y muere en él, plena de él. Es un trozo de otoño el que coméis, un trozo nostálgico de las eras del trigo, de centeno y avena.”

LA RECETA SECRETA

Si fatiga la perspectiva de un caldo o una caldeirada pero tienta meter la cuchara en una sopa de pescado, ésta de merluza con legumbres es manjar selecto de segura complacencia.

*La tarea de su cierto preparado comienza calentando la marmita donde se rehogan zanahorias, ajo y cebolla. Previamente se habrán pelado y lavado una taza de habas, otra de guisantes y la merluza en cantidad de cuarto kilo, que se añadirán en este momento al rehogo, junto con dos patatas en rodajas y otro cuarto de garbanzos.

*El preparado, hecho un atillo con hojas de col, se pone a cocer en dos litros largos de caldo de pescado. Una vez la cocción esté lista, el contenido del atado se tritura pero sin demasiada densidad. Al salto de un hervor le añadimos la mantequilla.

Se sirve con tacos de merluza frita y con costrones de pan.

Estando como estamos en El Ferrol, debiera probarse y terminar con torta de almendras, supremo logro de la repostería gallega.



(PARA EXCURSIONES)

RÍAS ALTAS: GOZOS Y REBOZOS

Situado en el centro de la ciudad, se alza la magnífica y señorial construcción, típica regional donde se ubica el Parador de Ferrol. Son los jardines de Herrera, donde se alza la fuente, monumento, en recuerdo del marinero Churruga, su entorno más próximo. Construido en 1960 y remodelado en el año 2001, el parador conserva la arquitectura ferrolana, donde las casas se caracterizan por sus galerías acristaladas.

Desde y a través de sus vítreas galerías se tiende la mirada sobre el puerto en este magnífico encuadre marítimo que deja ver arsenales y ría, afianzando la toponimia celta de su nombre que significa “puerto próximo”.

La decoración, en su interior, guarda homenaje marítimo mostrando instrumentos navales, mapas y hasta un viejo farol en memoria de lo importante que fue la ciudad durante el siglo XVIII, no en vano se convirtió en la sede del departamento naval del norte de España.

Tras la reciente remodelación, el Parador ha mejorado sustancialmente sus instalaciones, tanto de habitaciones como sus servicios y propuestas de ocio: equitación y golf y toda la infraestructura pertinente para que el viajero se encuentre cómodo.

El Ferrol es un punto de partida estratégico para abordar las Rías Altas: Valdoviño, Cedeira, Cariño, Origueira, Viveiro, Cervo, Foz y Ribadeo. Otra forma muy recomendable de hacer el recorrido es a bordo del tren de vía estrecha. Las incursiones que desde la estación de ferrocarril pueden efectuarse son de tanto provecho como las que puedan hacerse en vehículo propio. Siguiendo la costa, el primer pueblo en salirnos al paso es Valdoviño, enormemente acaudalado en riqueza paisajística, con playas íntimas, metidas en los pliegues del litoral, que culminan su serie en un arenal franco de A Frouxeira, hasta donde llegan las aguas de la laguna natural. Hay embalse abastecido por un par de ríos que en su curso van andando valles y reverdeciendo montes no muy altos. Y castros, en el concello, se concentran más de treinta yacimientos, de entre los cuales hay algún castro en bastante buen estado. También hay no pocos rastros de la preferencia romana de este Área. La razón no es otra que su buena minería, empezada a explotar desde tiempos castreños.

Cedeira es el pueblo que sigue y está vuelto por completo al mar: museo, mirador, lonja y templo, todos asomados al mismo espejo. Algo queda de su época medieval, piedras de su muralla y trazas de su arquitectura, en las calles altas aledañas a la iglesia. En la punta de Robaleira, al cerrar de la ensenada, luce un faro.

De camino a Origueira divisase el pueblecito de Cariño y la ría penetrando y, aún antes, el tantas veces ensalzado San Andrés de Teixido, a occidente de la sierra de A Capelada. La peregrinación hasta allí cabe emprenderse desde otros lugares siempre que se siga la Vía Láctea y se preste ojos a los indicios de los cruceiros. El apóstol Andrés llegó hasta aquí en una embarcación modesta que al volcar se convirtió en piedra. Cristo, al visitarle, le prometió que aquél sería lugar de romería y que “A San Andrés de Teixido, vai de morto o que non foi de vivo”. He aquí el origen de la más estimada de todas las romerías gallegas. Las primeras piedras del templo se remontan al siglo XII pero lo que hoy tiene delante el viajero es, al menos, cinco siglos más moderno. Aventúrese a ver su interior, el retablo mayor y el relicario. Después, la leyenda asegura que el visitante escuchará los lamentos nocturnos y el paso arrastrado de los pecadores.

En las faldas de los montes de Faladoira y a orillas de la ensenada de Mera, Origueira es destino favorito de trotamundos y viajeros que hasta aquí se llegan. Maderas y vinos se embarcaban en su puerto rumbo a Europa y el corazón antiguo de su casco urbano dan fe de un pasado espléndido. La calle Real, a uno y otro lado conserva casas notable, la del indiano Benigno Teiseiro, la del Café del Centro, la de Cordeira, con fachada modernista, la del Casino y otras que el viajero irá descubriendo si indaga y mira atento. Muy llamativo es el conjunto conventual que el municipio ha recuperado dándole el uso de casa consistorial. Aunque sus orígenes se remontan bastante antes, lo principal de su estructura es del XVIII y su aspecto final del XX. Debe reparar el viajero en la cocina de aquí que sirve buen pulpo, marisco y churrasco, y en el festival celta, uno de los diez mejores eventos artísticos de España, al que acuden grupos folclóricos de Bretaña, Escocia, Suecia, Gales, Francia...

VIVEIRO: El siguiente punto en el camino es Viveiro. El origen de esta ciudad patrimonio histórico artístico lo envuelven la leyenda y las turbias mareas. Su nombre se asocia por toponimia al marisco pero hay otras explicaciones. De la estación de ferrocarril, en Viveiro, hasta el centro hay que cruzar a pie la ría por una larga avenida. Con plaza mayor de empaque y un casco histórico cuidado, esta “Ciudad que siempre ríe” se halla muy bien dotada para agradar al forastero. Además del puerto, los ojos pueden regalarse de románico y hasta de un teatro construido al estilo italiano.

En una sola jornada acaso el viaje no de más de sí. Las rías altas siguen y si el viajero así lo quiere, a no mucha distancia se encuentran, internadas en el litoral por leves incursiones marítimas, Cervo, Foz y Ribadeo. De Foz, enclave que abasteció de madera, como ya se ha dicho, a los astilleros, hay una leyenda que asegura haber rechazado el ataque vikingo por medio de la oración. Clero y pueblo unidos en lo alto del monte fueron hundiéndose, una a una, las naves bárbaras, al ruego de “¡De furore normandorum, leberanos Domine!”. Es un pueblo moderno con escaso patrimonio que suple dicha carencia con sus playas encantadoras, variedad de servicios y un castro a escasos cuatro kilómetros.

Ribadeo, ya fronterizo con Asturias, presume de un puerto deportivo en su costa y de templos, jardines y miradores, pasados los acantilados. Origina el nombre del lugar el río Eo que vine cargado de las aguas del bosque de Estornín y toma el llano entre junqueras. Los reinos vecinos han tendido un puente, el de Los Santos, que une lo que la ría separa. La obra materializa un sueño largamente acariciado desde que al enclave venían a descargar los barcos y a cargar los trenes. La torre de los Moreno es otro de los adelantos arquitectónicos de principios del siglo XX que merece visitarse y acoge en su interior museo indiano de sus promotores. En los rompientes acantilados hay un faro, es allá, en la isla Pancha, no hay más que seguir la carretera.





PARADOR DE FERROL

C/ Almirante Fernández Martín, s/n. 15401 Ferrol (A Coruña)
Tel.: +34 981 35 67 20 - Fax: +34 981 35 67 21
e-mail: ferrol@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/

TEXT: JUAN G. D'ATRI AND MIGUEL GARCÍA SÁNCHEZ DESIGN: FERNANDO AZNAR